

llegase a empañar la mañanera tersura y la limpidez de imágenes de los versos. Advertíase, sin duda, la influencia, más o menos magistral, de algunos modelos y el estilo de buena retórica escolar, ilusionada de sus propios hallazgos y de la evidente perfección de la órbita perseguida y muchas veces lograda. Libro de mujer alumna, aplicada alumna y aplicada mujer, aún estudiándose a sí misma. Escuchar cómo en este soneto luchan las metáforas y los neologismos con las confidencias más ciertas del corazón:

*Tú, cerca, lejos, ya siempre conmigo,
—fidelidad de angustia desatada,
con ramas de ansiedad entrelazada,
amapolando el surco de mi trigo—.*

*Te guardo con recóndita avaricia
de mi intranquila noche demudada—.
Te guardo, sombra y luz. Insazonada
era, al trasluz del rumbo que persigo.*

*Te guardo con recóndita avaricia
y palma de martirios se me inicia
el triunfo de guardarte y refenerte.*

*Te guardo con recóndita avaricia
expreso el corazón con mi tortura
y miel —amor— por los recintos vierte...*

Más personalidad, como es lógico, prometen y entregan ya las páginas del libro no sujetas a trabas tan respetables y sonoras a tradiciones de siglos como el soneto. El romance es buen amigo, y más si es el romance lírico, roto y deshecho y breve como un desahogo sentimental:

*Quise coger el crepúsculo
y hacerle un nido en mi pecho.*

*Sobre su seda morada
dibujaban los cerezos:
cenefas blancas. En todos
los recodos de mi huerto
había una nota nueva...
Al fondo, en el haz del pueblo,*

*se quebraba en los tejados
algún reflejo postrero.*

*Quise coger el crepúsculo,
y me temblaron los dedos.—
Vibrando la tarde toda
al adivinar mi intento.
Por la línea que encadena
unos con otros los cerros,
—ángel ya de negras alas—,
ágil, burlón, se fué huyendo...*

*Yo me sentí, novia fría,
amortajada en silencios
de olvido. ¡Tenía el alma,
llena de flores, naciendo!*

Han pasado tres o cuatro años y la dulce poetisa gallega viene a Madrid, después de probar un poco la vida rural en Castilla la Vieja. Pura Vázquez no llega con las manos vacías. Trae otro libro, muy distinto, más maduro, tembloroso y profundo. La aplicación adolescente, el regusto de la obra bien hecha y de las sílabas bien contadas, que es gran maestría, según la elérgica sentencia del mester, el placer de pulir y limar hasta que resplandezca por igual el barniz extendido, se ha abandonado. Un desengaño que aún no renuncia a la ilusión obliga a balbucir en vez de cantar, a quebrarse en mil reflejos y titubeos, a dejar abierta la estrofa y sin cerrar la herida. El nuevo libro se llama *En torno a la voz*. Pero el nombre no es exacto. ¿Por qué «en torno»? No. Es la misma voz central, directa, a veces empañada por la emoción, la que, más que cantar, que es fuerte y alta palabra, se atreve a susurrar al oído escuchos difícilmente confesables. Y lo que la poesía pierde de plasticidad y de gracia retórica, gana, sin duda, en temblor y desnudez. Y Pura Vázquez canta al Sil, al río inolvidable, y a sus sirenas de mitología galaica y a uno de sus arroyos:

*A ti, como un prodigio para lavar mis manos
pálidas, dulces, frías, calladamente acudo.*